

La educación no formal en proyectos rurales sociales y económicos en México*

[Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XI, núm. 4, 1981, pp. 83-92]

Jorge Martínez
Centro de Estudios Educativos

I. INTRODUCCIÓN

La educación no formal ha tomado auge en muchas de nuestras regiones rurales. La promesa de una manera a través de la cual podrían solucionarse los problemas del "atraso" reinante en el agro latinoamericano, ha hecho que proliferen programas de capacitación, alfabetización, formación de grupos productivos innovadores social y económicamente. Pero a más de seis años del famoso estudio de Coombs y Ahmed (1974), los frutos parecen quedar muy por debajo de lo prometido. Es verdad que, en muchos casos, la productividad ha sido aumentada, y la comercialización ha favorecido alimentariamente a los habitantes de las ciudades. Pero la esperanza de lograr mediante ello una justicia distributiva, que permitiera a los campesinos no sólo servir mejor a un proceso de desarrollo, sino también participar cada vez más integralmente de los beneficios de ese desarrollo, ha desaparecido del horizonte de cualquier análisis histórico serio.

Las causas son múltiples. Al lado de deficiencias técnicas en la realización de

los programas de desarrollo rural, se distinguen determinantes más estructurales dentro de las esferas sociales, económicas y políticas. Dentro de estas determinantes, la educación no formal (como también la formal) ha servido primordialmente como un reproductor ideológico; en lugar de propiciar el mejoramiento cualitativo de la justicia, ha acrecentado las contradicciones inherentes a las estructuras de dominación actuales.

Sin embargo, algunos proyectos de educación rural pretenden seguir otros caminos. Aceptando que la educación, por sí misma, no puede ser motor de ningún cambio socioeconómico, se alejan de la conclusión asumida por la mayoría de los planificadores regionales, respecto de su función dentro de un contexto de desarrollo más amplio. Dándose cuenta de que no es posible esperar ayuda externa institucional (ya sea estatal o privada), pretenden colaborar en la generación de un proceso de organización autogestiva que permita la transferen-

* Este ensayo fue presentado por el autor a título de ponencia en el "Congreso de Las Malas" en octubre de 1980.

cia de poder a grupos campesinos. La educación no formal, en este proceso, es un factor reforzador imprescindible, no como la creación de "Un sistema rural de aprendizaje" (como en la utopía de Coombs y Ahmed), sino como un instrumento que será utilizado cuando y como sea útil para preparar, consolidar o continuar un proceso concreto de cambio organizativo.

En este ensayo, entonces, nos referiremos brevemente a la población a la cual se dirige la mayoría de los programas de educación no formal: los campesinos. Delinearemos en primer lugar algunos enfoques explicativos de su situación; revisaremos después algunas opiniones fundamentadas empíricamente respecto a la utilidad de la educación no formal en el campo. Por último, volveremos a lo dicho anteriormente: la educación no formal sólo cobra su sentido transformador en la situación rural, cuando acompaña procesos organizativos históricos. Nuestro trabajo se sitúa en México, aunque muchos de los resultados son aplicables a otros países de América Latina.

II. EL CAMPESINADO MEXICANO

El sujeto del presente escrito será el sector de la población rural más desfavorecido dentro de la estructura social y económica. Está compuesto por aquellos campesinos poseedores o usufructuarios de pequeños predios, familiares o subfamiliares, que no tienen capacidad de emplear mano de obra ajena para su producción agrícola y que, por el contrario, se encuentran a menudo ante la necesidad de vender su propia fuerza de trabajo. En México, este sector es precisamente el mayoritario (entre el 70 y el 75% de los predios agrícolas están constituidos por explotaciones de subsistencia) (*cfr.* Schmelkes, 1980).

A) Caracterizaciones fenomenológicas

Las caracterizaciones del campesinado abundan. Lo importante es constatar que no basta considerar como un bloque a "todas las personas para las cuales la agricultura constituye el medio de existencia" (como propone Malassis, 1975: 2), dado que entre esas personas se da una diferenciación clara en cuanto a sus posibilidades económicas, sociales y políticas. El término "campesino", en América Latina, más bien se utiliza en referencia a:

...cualquier cultivador rural con un bajo *status* económico y político. El bajo *status* económico denota el poco acceso a los insumos económicos (tales como capital, tierra y conocimientos), el escaso control sobre el manejo de esos insumos (qué cultivar y cuándo trabajar), y el escaso control sobre el producto y su distribución tenido entre los productores. El bajo *status* político denota, de manera semejante, poco acceso a los elementos políticos (tales como los votos), escaso control sobre el manejo de los asuntos políticos (sobre los funcionarios electos o designados), y escaso control sobre los resultados del sistema político (es decir, sobre el contenido de las decisiones políticas). (Lan-deberg, 1970: 560; *cfr.*, CEE, 1980b).

Desde luego, está también presente el bajo *status* social, dentro de la organización predominante. Es decir, el poco acceso de servicios médicos, educativos, de agua potable, electricidad, drenaje y alcantarillado; la poca comunicación con centros sociales más amplios, etc. En general, las comunidades campesinas corresponden a unidades geográficas claramente identificadas; hay límites comunes para la comunidad humana y la comunidad territorial. Tienen niveles de alfabetización y estudios institucionalizados, por debajo de los datos

medios de la nación (CEE, 1980b: 19-22). Y así podríamos continuar la lista de las carencias propias de la marginación de los grupos de campesinos.

Por supuesto, lo anterior no significa que los campesinos no tengan ninguna forma de organización, social y económica, de educación, servicios, etc. Pero las formas organizativas con las cuales actualmente cuentan son enajenantes en beneficio de poderes externos, o al menos inadecuadas para lidiar con las transformaciones que les impone el crecimiento nacional. En general, parece que sus posibilidades de análisis histórico son muy locales, su conciencia muy grupal; aunque esto sea valioso y aun necesario en un momento dado, las circunstancias actuales les exigen la ampliación de estas cualidades a niveles más extensos. En estos campos se necesita mucha más investigación y actuación decidida (cfr., Martínez, 1979).

B) Caracterizaciones económicas

Stavenhagen (1977) describe la economía campesina del Tercer Mundo de una forma casi enteramente aplicable al caso mexicano. Lo hace alrededor de seis puntos: a) la fuerza de trabajo; b) la tecnología; c) los recursos naturales; d) la organización social del trabajo; e) los ingresos; y f) los niveles de vida. Siguiendo su esquema, podríamos glosar respecto al agro mexicano:

a) La fuerza de trabajo generalmente es de tipo no especializado. Es decir, en un marco ecológico dado, el campesino realiza por lo común él mismo todas las tareas del proceso productivo. El uso de cantidades crecientes de trabajo comúnmente se relaciona directamente con un crecimiento del producto, hasta cierto punto. Sin embargo, los mercados de trabajo son inestables y no están estructurados; la utilización de la fuerza de trabajo es determinada

temporalmente, y el panorama se complica por las migraciones temporales de trabajadores dentro del mismo sector agrícola (por no hablar de las migraciones hacia otras fuentes de trabajo, nacionales o extranjeras).

- b) El uso de tecnología agrícola moderna es muy bajo, y se encuentra en proporción inversa al uso de la fuerza de trabajo. La mecanización de las tareas agrícolas, ya sea llevada a cabo por algunos campesinos o por agricultores más poderosos, desplaza a la fuerza de trabajo e incrementa el problema del desempleo. La tecnología moderna requiere calificación, crédito, capital y un tamaño óptimo del predio agrícola desde el punto de vista técnico. Por tanto no debe sorprender que la tecnología se concentre en ciertas zonas privilegiadas y en manos de las clases sociales privilegiadas. Aun la nueva tecnología dirigida directamente a los agricultores pequeños ha contribuido a la concentración de la riqueza ya una mayor desigualdad en la distribución del ingreso (Ver, UNRISD, 1974: "Resumen y Conclusiones"; Schmelkes, 1979a).
- c) Los recursos naturales, principalmente tierra y agua, si bien presentan todas las dificultades inherentes a sus propios procesos, no se deben verse como los principales determinantes de la pobreza campesina. Probablemente no sea exagerado decir que la pobreza de millones de campesinos en regiones donde hay "carencia de recursos" no se debe tanto a los procesos naturales (aunque es indudable que juegan un papel) como al resultado de los procesos económicos y sociales. La situación de muchos campesinos latinoamericanos que trabajan una parcela erosionada en las laderas, por ejemplo, es el resultado de la monopolización de las mejores tierras en manos de instituciones o agricultores más po-

derosos. También "es erróneo querer atribuir, como lo hacen algunos autores, el agotamiento y mal uso de los recursos locales exclusivamente a las presiones demográficas sobre la tierra. Es indudable que el crecimiento de la población ha jugado un papel en este proceso, pero la causa principal del desequilibrio creciente entre la población y los recursos a nivel local es seguramente el desarrollo de las fuerzas del mercado" (Stavenhagen, 1977: 9).

- d) En cuanto a la organización social de la producción, Stavenhagen opina que "si bien el capitalismo tiende a sustituir con los nexos monetarios todas las demás relaciones sociales, como lo señaló Marx, no lo ha logrado en lo que se refiere a la agricultura en los países pobres. Y no sólo eso, sino que es frecuente que la introducción del capitalismo en la agricultura refuerce los mecanismos tradicionales de opresión y explotación de la fuerza de trabajo" (p. 10). El desarrollo de la agricultura capitalista en sí es lo que ha llegado a ser un obstáculo al desarrollo económico y social de millones de campesinos.
- e) El ingreso monetario de los campesinos, proveniente de la venta de la producción, sufre de todas formas el círculo vicioso de la pobreza dentro de una economía monetaria. Siendo su producción principalmente para el autoconsumo (agricultura de subsistencia), es sin embargo muy frecuente que, ya sea por carecer de los medios para almacenar y conservar los granos, o por necesidades económicas imprevistas (enfermedad, muerte de un familiar, etc.), los campesinos tienen que vender su producto al acaparador local. Posteriormente, deben adquirir el propio grano a un precio varias veces superior. Esto es muy común en México, y produce el lógico endeudamiento y la necesidad de vender la mano de obra para sobrevivir.

Pero aun cuando la producción excede las necesidades de autoconsumo, los ingresos reales por la venta no se ven significativamente aumentados. El aumento del ingreso se disipa en compra de insumos, o es contrapesado por necesidades concomitantes de gastos educativos o de utilización de alguna mano de obra ajena (ya que los hijos tienen que ir a la escuela) (cfr., Guzmán, Casanueva y Martínez, 1977).

- f) Por último, el nivel de vida de los campesinos no se relaciona directamente con los ingresos monetarios. La relación entre estas dos variables es mediatizada por la organización social y los valores culturales. En un estudio comparativo entre campesinos que habían incrementado sus ingresos mediante el aumento de la producción y la mejora en la comercialización, y otros campesinos de la región que no lo habían hecho, se vio que las diferencias entre los niveles de vida no presentaban un índice significativo (Guzmán, Casanueva y Martínez, 1977). Otras evidencias apuntan en esa dirección (Stavenhagen, 1977: 13); el conocimiento de este hecho parece ser de "sentido común" para los mismos campesinos y para grupos promocionales.

Dentro de un análisis más estructural, se observa que los mecanismos de articulación entre la economía campesina y la economía capitalista vigente ubican a los campesinos en una situación de explotación y dependencia. Schmelkes (1980) llega a esta conclusión en vista de que:

- a) Las familias campesinas transfieren valor al resto de la economía al producir y mantener la fuerza de trabajo hasta que los capitalistas, rurales o urbanos, requieren esta mano de obra. Así, el sistema capitalista no paga el costo de reproducción de su reserva de mano de obra, el cual es

asumido por la economía de agricultura de subsistencia.

Es decir que, al no ser suficiente la producción en parcelas de menos de cinco hectáreas para el sostenimiento de una familia, el campesino tiene que buscar trabajo en predios capitalistas o en ciudades. Pero con este empleo no recibe lo que necesita para la reproducción de su fuerza de trabajo (en sí mismo y en sus hijos); esta necesidad queda dividida entre el salario y la producción familiar en la parcela (*cfr.*, Appendini y Almeida, 1976: 48).

- b) También se da una transferencia de valor de los campesinos hacia el resto de la sociedad, a través de la comercialización de sus productos. Puesto que los precios de los bienes de consumo que adquiere el campesino crecen más rápidamente que los precios de sus propios productos agrícolas, sus ingresos pierden gradualmente el poder de compra y su nivel de vida se deteriora (*cfr.*, Rello y Montes de Oca, 1974: 74).
- c) Lo anterior implica que el llamado "sector moderno" está acumulando capital a costa del "sector-tradicional", tanto mediante la compra de mano de obra barata, como de la venta de productos manufacturados (de insumo agrícola o de consumo), a precios no equiparables a los de los productos agrícolas, ni en términos de utilidad real, ni en términos de costo de producción.
- d) Más localmente, el campesino también es explotado por aquellos que forman una burguesía capitalista en la región. Desde poseedores de tierras o capital, que emplean con salarios ínfimos o conceden crédito a altas tasas de interés, hasta acaparadores e intermediarios que lucran en el mercado lo que correspondería al productor campesino, se da una relación de control y dominación que impide a los campesinos elevar sus

índices de ganancia neta.

- e) Los intentos de solución implantados por el Estado no sólo no han solucionado eficazmente la explotación, sino que la han agudizado en la mayoría de los casos (*cfr.*, Martínez, T., 1980). Enfáticamente, Schmelkes (1980) afirma que:

(El) Estado y (los) caciques han logrado dividir y atomizar al campesino, evitando u obstaculizando todo intento organizativo que se escape de su control y que amenace, aunque sea mínimamente, sus intereses...

La realidad (arriba expuesta), sin embargo, no está libre de contradicciones. El ritmo de crecimiento de la producción está disminuyendo en forma alarmante; la demanda para el trabajo campesino se ha contraído notablemente; el deterioro de su nivel de vida es cada vez más palpable. Y son precisamente estas contradicciones las que permiten vislumbrar posibilidades de cambio en la estructura agraria imperante, y (posibilidades de implantar) programas educativos que refuercen y potencialicen esos cambios posibles (pág. 8).

C) Caracterizaciones políticas

Además de lo dicho sobre el "bajo *status* político" de los grupos campesinos, es necesario subrayar una tesis que explica, al menos parcialmente, el fenómeno: el Estado mexicano, para continuar su expansión, necesita que los campesinos sigan siendo campesinos, dependiendo prácticamente de él para su subsistencia, o al menos no emergiendo de su marginación y explotación, no superando su poca incidencia en las decisiones políticas y económicas que los afectan.

En diversos estudios sobre la evolución de comunidades campesinas, se observa que, aun cuando en algunas regiones surjan grupos que superen su situación de campesinos, el Estado acude para impulsar un proceso de "recampesinización" orientado a mantener su hegemonía política (*cfr.*, Warman, 1972: 274ss.). Más aún:

Cada vez que el Estado mexicano ha intervenido en la economía de una región, ésta queda marcada por una serie de fenómenos recurrentes que nos podrán explicar cuál es la naturaleza del Estado con relación a uno de los sectores que componen la sociedad en la que está inmerso. Estos fenómenos son: la aparición de la estructura de dominio del Estado entre los campesinos, la recampesinización de la zona, la formación de liderazgo institucional y organizado, la presencia de las instituciones administrativas (que explotan la economía campesina) (Martínez T., 1980: 157).

Regresamos, así, a la caracterización fenomenológica de la cual partíamos: el bajo *status* económico, social y político del campesinado mexicano. Frecuentemente se ha insistido en la necesidad de elevar los "niveles educativos" de esos campesinos, como requisito para solucionar sus problemas. Pero no parece que la educación que se les ha dado haya implicado gran utilidad en cualquiera de estos sentidos. Revisemos brevemente lo que se sabe a este respecto.

III. EFECTOS DE LA EDUCACIÓN FORMAL EN EL CAMPO

La educación formal ha recibido ya suficientes críticas. No me extenderé aquí al respecto. Baste dejar asentado, una vez más, que la razón por la cual el sistema educativo no cumple la exigencia dirigida hacia él de impulsar la justicia social mediante la generalización de una cultura y la elevación de habilidades, conocimientos y valores en nuestras sociedades, no se debe a razones de índole técnica, sino que depende intrínsecamente de la estructura socioeconómica de nuestros países. Para el caso de México, es interesante revisar el número 3 del volumen III (1973)

de la *Revista del Centro de Estudios Educativos*. Un estudio que pretendía analizar las "eficiencias e ineficiencias del sistema educativo" mexicano, culminó en el cambio de enfoque forzado por la constatación de que lo importante no era hacer más eficiente el sistema, sino contrarrestar sus efectos, si se quería impulsar la justicia.

En el campo la situación empeora. Incluso las planificaciones educativas para el campo representan una "ruralización" de la educación urbana en el país (cfr., CEE, 1980b: 1-15). Los índices de deserción de la escuela primaria indican la poca utilidad que los campesinos aprecian en la educación formal (40% para el país; alrededor de 70% para las zonas campesinas; 90% para campesinos indígenas) (cfr., DGEI, 1974: 25). Al parecer, la única utilidad que muchos padres campesinos ven en la primaria para sus hijos consiste o bien en aprender a leer y hacer cuentas incipientemente, o bien en obtener un diploma que posibilite el ingreso a las fuerzas de trabajo industriales urbanas. Esto, aunado a muchos otros factores estructurales y circunstanciales, hace que los hijos de campesinos se inscriban, pero no acudan, a las escuelas primarias (cfr., CEE, 1980a: 22-23).

La educación formal, entonces, no responde a las necesidades campesinas. "Los problemas centrales (de los campesinos), los verdaderamente importantes, no podrán cambiarse por el solo hecho de conocer el alfabeto" (Schmelkes, 1979b: 258). Más aún: el paso por una educación diseñada para la vida urbana, y adaptada de ahí a la rural, tiene repercusiones ideológicas que sólo pueden redundar en daño de los estudiantes campesinos. Por tanto, extender la escolaridad básica a toda la población no implica potenciar una mejor distribución de la riqueza, ni

un mayor nivel de desarrollo, ni una mayor apertura al cambio. Esto depende de otros factores. En una sociedad inequitativa y dependiente, la escolaridad sólo aumenta, si acaso, la capacidad de sobrevivir en un mundo urbano (*cfr.*, Schmelkes, 1980: 18).

IV. ENFOQUES DE LA EDUCACIÓN NO FORMAL EN EL CAMPO

Ante la insuficiencia del sistema formal para dar respuesta a las necesidades de capacitación y socialización apreciadas a partir de un modelo desarrollista, (y dependiente) como el que rige en el país, como en muchos otros, se han implantado diversos programas de educación no formal. Desde la "Revolución Verde" hasta el Sistema de Educación Abierta para adultos, las agencias gubernamentales han intentado, con poco éxito, compensar la falta de educación que el sistema formal no ha podido cubrir (*cfr.* Schmelkes, 1979a, b). Es ya muy conocido el efecto real de los programas de modernización rural, económicos y educativos. La respuesta a las deficiencias no puede venir de las soluciones técnicas que sigan el camino delineado por Coombs y Ahmed (1974), y por otros agentes inspirados en la misma línea de modernización.

Han surgido, así, otros intentos de utilizar la educación no formal como apoyo o motor de un cambio socioeconómico hacia la justicia social. Agencias privadas, religiosas y laicas, han proliferado su acción educativa y organizativa en el campo. Su intención varía. En ocasiones es copia de la acción gubernamental, matizada por un humanismo más declarado; en ocasiones va en contra del crecimiento de dependencia respecto del sistema capitalista, y busca un cambio más o menos radical en la estructura socioeconómica. Podríamos clasificar,

de manera general, cuatro enfoques de los programas, gubernamentales y privados, de educación no formal:

- a) Algunas experiencias pretenden ofrecer a los campesinos, sobre todo a los adultos, la educación básica general útil para el trabajo, que éstos no consiguieron en la escuela. Estas experiencias adolecen de los mismos defectos que la educación formal que pretenden complementar (*cfr.*, González, 1979: 60-83; 100130).
- b) Otras pretenden fundamentalmente capacitar técnicamente a los campesinos para el desarrollo de actividades productivas. En éstas, como se ha visto al hablar de la caracterización económica del campesino, el beneficio mayor va a manos de los sectores urbanos o industriales, y de quienes en el campo estaban en mejor posición antes de comenzar el programa de organización económica y capacitación. Estos programas dan origen a transformaciones, desde luego, pero son mínimas y a nivel local (derrocamiento de caciques, ruptura de la dependencia, respecto a acaparadores y agiotistas, etc.) (*cfr.*, Guzmán, Casanueva y Martínez, 1977).
- c) También existen programas educativos que se preocupan por ofrecer al campesino una formación eminentemente sociopolítica, ya sea por conscientización o por ideologización. La conscientización es propugnada por los grupos que han recibido influencia del método de Freire; la ideologización es buscada explícitamente por grupos integrados a algún partido político, y por algunos otros grupos. Pero las actividades que buscan la conscientización no han rendido los frutos esperados (*cfr.*, González, 1978), quizá por no incidir directamente en la solución a los verdaderos problemas del campesinado, qui-

zá por no haber sabido cómo lidiar en la lucha política subsecuente a la toma de conciencia; en realidad, el fruto parece haber resultado contra-productivo en algunos casos. La ideologización, por otro lado, forma parte de una estrategia de partido que pretende, en definitiva, alcanzar el poder político del país. No analizaré esto; la viabilidad de la lucha política de partido en México es un asunto muy controvertido y que no ha probado su fuerza real.

- d) Por último, algunos proyectos han intentado combinar la reorganización sociopolítica efectiva con la capacitación y la conscientización. En la práctica, este camino tampoco parece haber tenido mucho éxito. Al encontrarse con la oposición de aquellos cuyos intereses son afectados por la posibilidad de un verdadero cambio hacia la justicia, han sido reprimidos o recuperados por los poderes económicos y políticos dominantes (*cf.*, p. ej., Salinas, 1977). En definitiva, los programas de educación no formal no han rendido los frutos esperados. Si pretendían incorporar al campesino al curso del desarrollo nacional, han podido hacerlo a costa de aumentar la dependencia y explotación sufrida por ellos (Guzmán, Casanueva y Martínez, 1977; Schmelkes, 1979a; Martínez, 1980); si pretendían modificar radicalmente las relaciones de explotación, han fracasado al encontrarse sin fuerza para sobrellevar la oposición de poderes económicos y políticos (Salinas, 1977; Stavenhagen, 1970; Aguilar, 1980). Un programa de educación no formal sólo puede colaborar eficazmente a la justicia social cuando vaya aunado a procesos efectivos de transformación socioeconómica (y no a procesos de una mayor modernización desarrollis-

ta, como lo proponían Coombs y Ahmed en 1974, o Malassis en 1975).

V. UNA POSIBLE ALTERNATIVA PARA LA EDUCACIÓN NO FORMAL

Por todos es aceptado que la educación (formal o no formal) por sí misma, no produce el cambio socioeconómico. Por tanto, cualquier programa educativo debe estar integrado con procesos económicos y sociales más amplios. Pero si esos procesos son de modernización, la educación entrará en contradicción con las verdaderas necesidades e intereses de los grupos campesinos. Por esto, no sólo estará teológicamente errada, sino que obtendrá una eficiencia muy baja. La educación que responda a las necesidades reales de los campesinos será la que obtendrá resultados satisfactorios. No se trata de un problema técnico: se trata de una opción. La educación tendrá éxito en tanto se inserte en un proceso de transformación en favor de los más desfavorecidos, y esto requiere la lucha por un cambio estructural, no un mero acomodo al modelo de desarrollo dependiente que actualmente conduce el país.

Es verdad que el campesino necesita capacitación. Capacitación técnica, administrativa, social, política. Pero sólo en tanto la educación prepare, acompañe o consolide realizaciones concretas de organización liberadora, podrá cumplir su función. Lo que hay que definir, entonces, no es un modelo de desarrollo al cual se deba integrar el campesino, con ayuda de la educación. Es necesario definir un modelo de cambio, aquí y ahora, para englobar la educación en una estrategia que tiene sus miras puestas en la inversión de las reglas actualmente vigentes en nuestra sociedad, reglas que para el campesino se traducen en dependencias y explotación estructurales.

Las organizaciones populares que actualmente propician este cambio son escasas y débiles. Los esfuerzos educativos y de colaboración a todos los niveles deben enfocarse a apoyarlas, a originar otras, a ir consolidando una red organizada e interdependiente de procesos económicos autogestivos y li-

beradores (cfr., CEE, 1979). Algunos grupos ya están trabajando en este sentido. Qué tanto puedan mantener su impulso, dependerá de cómo sepan aprovechar oportunidades y coyunturas para salir adelante en la lucha por una mayor justicia social, económica y política en nuestro país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR V., Rubén
1980 "Educación popular y cambio de estructuras", *Biblioteca CeNaPro de educación no formal*, año III, núm. 6.
- APPENDINI, R. Almeida, V.
1976 "Agricultura capitalista y agricultura campesina en México: diferencias regionales en base al análisis de datos censales", en CISINAH, *Capitalismo y campesinado en México: estudios de la realidad campesina*. México, SEP, INAH.
- CEE (Centro de Estudios Educativos, A. C.)
1979 "Educación y cambio social: resultados obtenidos, su explicación y posibles alternativas". Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Educación y Justicia, Toluca, México, febrero de 1979.
- 1980a "Educación primaria para microlocalidades dispersas. Primer reporte parcial". Documento elaborado por Margarita Cervantes, Pablo Spravkin, Carlos Rodríguez y Rodolfo Lara, bajo la dirección de Jorge Martínez.
- 1980b "Modelo alternativo de educación secundaria en zonas rurales". Documento preparado por Lesvia Rosas, Cristobalina Fernández y Lilia Meneses, bajo la supervisión de Jorge Martínez.
- COOMBS, Philips, Ahmed, Manzoor
1974 *Attacking rural poverty; how non-formal education can help*. Baltimore y Londres; The Johns Hopkins University Press.
- DGEI (Dirección General de Educación Indígena —INI (Instituto Nacional Indigenista)
1979 *Programa de Educación para Todos. Programa de Castellanización. Informe anual 78-79*. México, SEP-INI.
- GONZÁLEZ R., Manuel
1978 *Promoción social*. México, Estudios Sociales, A.C.
- GUZMÁN, Teódulo; Cristina, Casanueva; Jorge Martínez
1977 "Efectos educativos y sociales de un programa de desarrollo rural en dos regiones de México", *Revista del Centro de Estudios Educativos*, vol. VII, núm. 4.
- LANDEBERG, Henry; Hewitt, Cynthia
1970 "Ten sources of weakness and cleavage in Latin American peasant movements", en Stavenhagen, R. (ed). *Agrarian problems and peasant movements in Latin America*. Garden City, N. Y.: Anchor Books, Doubleday & Co, Inc.
- MALASSIS, Luis
1975 *Ruralidad, educación y desarrollo*. Buenos Aires, Editorial Huemul, UNESCO.
- MARTÍNEZ S., Jorge
1979 "El conocimiento de la mentalidad de grupos marginados". *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, vol. IX, núm. 2.
- MARTÍNEZ S., Tomás
1980 *El costo social de un éxito político. Chapingo*, México, Colegio de Posgraduados de la SARH, Rama de Divulgación Agrícola.
- RELLO, F. Montes de Oca, R.
1980 "Acumulación de capital en el campo mexicano", *Cuadernos Políticos*, núm. 2.
- SALINAS A., Bertha
1977 "Evaluación de un proyecto de cooperativas rurales del Estado de Morelos". México, CEE, mimeo.

SCHMELKES, Sylvia

1979a "Educación y desarrollo: el peso de un programa productivo en la educación campesina". México, CEE, mimeo.

1979b "La utilidad del alfabetismo en una zona rural de México", en Morales, Daniel (ed.). *La educación y desarrollo dependiente en América Latina*. México, Editorial Gernika.

1980 "La educación rural en el capitalismo dependiente". Ponencia presentada en el Seminario sobre Modelos de Desarrollo, Ciencia, Tecnología y Educación. Cocoyoc, México, marzo de 1980.

STAVENHAGEN, Rodolfo

1977 *El campesinado y las estrategias del desarrollo rural*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos.

UNRISD (UNITED NATIONS RESEARCH INSTITUTE FOR SOCIAL DEVELOPMENT)

1974 *Estudio sobre las implicaciones sociales y económicas de la introducción en gran escala de nuevas variedades de granos alimenticios*. Ginebra.

WARMAN, Arturo

1972 *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*. México, Editorial Nuestro Tiempo.